GENESIS DE LA IDEA REVOLUCIONARIA

por JULIA ELENA FORTUN

"LA historia de la humanidad —dice Boleslao Lewin— no es un espectáculo perenne de desarrollo gradual, evolutivo. Hay también, como hoy nos es dable observar muy de cerca y con profundo dolor, épocas catastróficas, períodos cruciales, en los que el armazón material y espiritual de la sociedad humana, cruje, se retuerce, bajo la arremetida violentísima de fuerzas centrífugas". Al finalizar el siglo XVIII, el mundo europeo y el americano, pasan por esos momentos verdaderamente cruciales. La revolución norteamericana, los levantamientos de la América del Sud y la caída de la Bastilla, son acontecimientos que sacuden en sus propias bases el edificio social de aquellas colectividades.

Nos proponemos, en este breve ensayo, referirnos a un hecho social cuyas consecuencias y proyecciones no sólo afectaron a una determinada región de la América Española, sino que repercutieron en todos los ámbitos de aquella posición geográfica. Es el movimiento emancipador del 25 de mayo de 1809, que tuvo como teatro de acción la ciudad de Chuquisaca. Pero, al hacerlo, no limitaremos nuestro esfuerzo a la cruenta narrativa histórica, descriptiva de la forma en que se produjo este acontecimiento. Trataremos, aunque sea audaz nuestro empeño, ya que la tarea es ardua y complicada, "de considerar los diferentes factores, los distintos elementos que llenan el cuadro vacío del tiempo"; la fecha no constituye en definitiva más que un recordatorio de los factores concomitantes que concurren a producir un resultado determinado. Lo que produjo la revolución de 1789 o la conflagración de 1914 no son "las fechas fatídicas" de 1789 o de 1914, sino un concurso de causas que se reunieron en esas fechas". Y a la génesis y al análisis de las nociones causantes del movimiento revolucionario de 1809 dirigiremos nuestros pasos, aunque sea a tientas, pues sólo un propósito claro alienta nuestro trabajo, ajeno a toda pretensión, y echar así un grano de arena más a lo que se ha hecho y a lo mucho que resta por hacer.

CORRIENTES IDEOLOGICAS. MOVIMIENTO INTELECTUAL

Con este breve preámbulo, tendremos que referirnos previamente, a las corrientes ideológicas de las postrimerías del siglo XVIII y a los comienzos del siglo XIX. En estos tiempos dos corrientes de pensamiento irradian por todo el mundo: el enciclopedismo y el fisiocratismo. La primera de las tendencias "fué una filosofía militante accesible al gran público" y la segunda constituía más bien un "movimiento intelectual sin temperamento revolucionario". Y de la lectura y estudio de las obras de los filósofos enciclopedistas, llenas de vivacidad e imágenes felices que llegan a la América, no obstante la censura fiscal sobre el material bibliográfico destinado a Indias, unas veces, y otras, de las decomisadas y aún existentes en bibliotecas con licencias especiales, surge en América el espíritu revolucionario. La introducción clandestina de las obras prohibidas o heréticas se hace cada vez más frecuente y su lectura es ampliamente difundida. La imprenta, magnífico medio para la expansión de las ideas, hace su aparición en la América Española, y una infinidad de obras revolucionarias son reeditadas en ella. Comienzan a surgir en algunos de los más importantes centros poblados de la Colonia, los primeros periódicos, sujetos a una severa censura. También hace su aparición en el escenario colonial, personas que pensaban y lo que es más importante aún, expresan ideas nuevas, hasta el momento desconocidas en estas latitudes, que, con su obra, se constituyen en los verdaderos precursores de los dos grandes movimientos revolucionarios americanos: el de los Tupaj Amaru y el de los criollos de Chuquisaca; y podríamos citar al mestizo quiteño Francisco Javier Santa Cruz y Espejo, que pone todo su saber con un afán verdaderamente apostólico, para mejorar las condiciones culturales del nativo y del mestizo en la colonia; al profesor de la Universidad de Lima, Baquíjano y Carrillo, hábil enciclopedista, que desde la cátedra y en publicaciones clandestinas, se refiere al poder tiránico, sangriento y humillante de la Corona. Y, por último, como precursor de la prédica del doctor Villalba, fiscal de la Real Audiencia de Charcas, era en pro del aherrojado mitayo, era en favor del elemento intelectual criollo, para mejorar el nivel cultural en las primitivas universidades coloniales, era, en fin, para hacer de la justicia un poder libre, capaz de dictar fallos sin intervención del poder real.

Y en esta forma comienza a crearse el ambiente disciplinado, en forma técnica y de alta política, para la iniciación de los grandes alzamientos de la América Criolla. Y decimos que se crea un ambiente metodizado, porque la idea emancipadora, sin sistemas y procedimientos adecuados para su consecución, había nacido desde el día en que los españoles al descubrir el Nuevo Mundo, arrebataron al nativo sus bienes y su libertad. La historia de la dominación europea en las tierras de occidente es una constante lucha para aplacar las sublevaciones de los criollos, indígenas y mestizos. Quien crea que con los alzamientos sólo se iniciaron con las sublevaciones indi- vimientos de los criollos Pagador, Ibáñez y las corrientes emancipadoras de los doctores de Chuquisaca, no está en lo cierto. El nativo sólo aspiró desde 1924 a reivindicar su propio gobierno y con él su libertad y derechos hacia su tierra. Pero sí, aquellos movimientos fueron los que se realizaron en forma disciplinada, alentados, no ya con una simple intuición, sino guiados por una idea política filosófica, con programas de acción cuidadosamente redactados y con cabecillas de talento capaces de dirigir toda acción, con ideales apasionados y dispuestos siempre al sacrificio.

CORRIENTES ECONOMICAS Y DIVISION DE CLASES

Aunque pequemos de materialistas es del caso afirmar, que para que prospere un ambiente revolucionario es indispensable la presencia del factor económico (crisis, impuestos subidos, carestías, dificultades para atender las más premiosas necesidades, etc), por una parte, y por otra, la acción de lo que hoy se denomina cuestión social (luchas de clases, problemas sociales, dificultades entre patronos y obreros, trabajos forzados, jornales bajos, etc.). Pues debemos pensar que las grandes masas humanas no se lanzan a la lucha guiadas sólo por ideales abstractos, ya que esto es solamente "patrimonio de personas de una gran sensibilidad social, capaces de esta clase de sacrificios, que absorven los grandes ideales humanos y a pesar de todos los peligros, los difunden...".

LA CRISIS ECONOMICA

A mediados del siglo XVIII la situación de las colonias presenta un cuadro casi desolador. La explotación de las minas decae en forma verdaderamente impresionante y como consecuencia inmediata los gobernantes de la metrópoli y las autoridades lugareñas pierden enormes ingresos. Los centros mineros que habían sido núcleos poblados de gran actividad, se truecan en lugares inhóspitos. Las minas de plata y los establecimientos de azogue son clausurados y una violenta crisis deja sentir sus consecuencias en todos los conglomerados sociales,

EL MONOPOLIO

Sabido es por todos que la Corona era la única proveedora con carácter de exclusividad, de todas las importaciones verificadas a las colonias, ahogando en esta forma la economía de todos los pueblos, lo que constantemente provocaba sublevaciones contra este sistema de explotación. El contrabando morigeraba hasta cierto punto esta desesperante situación (1); apreciándose también cómo en este campo, al igual que en el intelectual, las medidas prohibitivas no pudieron aplastar totalmente las fuerzas vitales de la Colonia.

LA DIVISION SOCIAL

Para realizar una investigación social es indispensable "acercarse al factor humano". Y para el caso en cuestión tendremos que referirnos a la división social de la colectividad americana. Esteban Echevarría, sobre el particular manifiesta lo siguiente: "La sociedad estaba dividida en tres clases opuestas en intereses, sin vínculo alguno de sociabilidad moral y política. Componían la primera los togados, el clero y los mandones; la segunda los enriquecidos por el monopolio y los caprichos de la fortuna; la tercera los villanos, llamados gauchos y compadritos en el Río de la Plata, cholos en el Perú, rotos en Chile y leperos en Méjico". Y frente a estas clases perfectamente fisonomizadas en la anterior clasificación, existía una cuarta, llamada a soportar el yugo y la explotación más humillantes y donde se implantara la más cruel de las instituciones "el mitayo", nos referimos a la clase nativa. Así pues, en la América existía una clase dominante, la de los nobles terratenientes formada por la "aristocracia española y por los americanos españoles que se asimilaban a sus intereses, una burguesía comerciante" que gozaba de las industrias, el comercio y el ejercicio de algunas profesiones liberales, y un proletariado —no empleamos acá el término en el sentido científico— en formación y una verdadera casta de siervos.

Este es el panorama social en la América en los últimos años del siglo XVIII y primeros del siglo XIX. Los grupos indicados carecían de vínculos de sociabilidad moral, sus intereses eran encontrados y por consiguiente poca o ninguna afectividad existía entre éstos. Pues bien, esta pugna de intereses, esta ausencia de relaciones de entendimiento, sobre todo de la primera de las clases con referencia a las restantes, crean un clima propicio, un temperamento adecuado, para que prospere en forma efectiva un ideal revolucionario, que aspire dentro de sus fines reinvindicacionistas y formule postulados con los que se obtengan armonías en la convivencia colectiva.

LA UNIVERSIDAD DE CHUQUISACA

Doctores, maestros y alumnos de esta casa de estudios, oidores y académicos, conocen y muy de cerca el panorama que presenta la realidad en la América Indígena [illegible] remedio tendrá que ser inmediato, si posible heroico. Y desde este momento su labor de estudio y especulación tiene un alto; toda su faena la encaminan a otros senderos. Ya no se conoce la realidad, también se tiene la fórmula de borrar y para siempre el triste cuadro trazado; sólo falta escoger el camino y uno solo se presenta: la conspiración. Y desde entonces el foco revolucionario es la Universidad; una sola idea alienta a todos los hombres de estudio: sacudir el yugo de la Corona y proclamar a la faz del mundo la Independencia y Libertad de la América descubierta por Colón; y se suma a todo esto el conocimiento de la gesta libertaria de los americanos del Norte, que consiguen mediante el duro esfuerzo de la guerra, su absoluta independencia. En síntesis, afirmamos que el pensamiento revolucionario de los doctores altoperuanos llegó a su madurez. Que el plan de ejecución fué largo y prolijamente estudiado y que sólo se esperaba la ocasión o el momento propicios para tornarlo en realidad.

Pero a esta altura cabe una aclaración, y es que el sentimiento de libertad no sólo existe en los elementos universitarios. Este impulso estaba en todas las clases de la heterogénea sociedad del Alto Perú. "Ella vive latente —dice Jaime Mendoza— aún en el alma del esclavo. Es una herencia específica de generación en generación, por más que algunas de ellas se hallen en la abyección y en la servidumbre". Pero volvemos a insistir que en estas clases la libertad estaba reducida a una "simple tendencia borrosa e inconsciente. Eran apenas un instinto". Siendo necesario que el sentimiento que es brote inconsciente del corazón se torne en idea, que es producto consciente, elaborado en el cerebro. Y es la obra universitaria la que crea la idea; sólo falta la acción que tendrá que ser colectiva.

25 DE MAYO DE 1809.

Por aquellas "estelares" como inescrutables determinaciones del destino, actúan en forma casi simultánea sucesos de trascendental importancia. La imperialista Inglaterra que por medios violentos trata de despojar a España de sus colonias (1806); Bonaparte con sus empresas guerreras, siempre victoriosas, conquista a los conquistadores españoles (1808); Carlota de Braganza pretendiendo someter al vasallaje lusitano las colonias de la América Española —— (1809). "O dicho de otro modo, el imperio colonial venía a ser codiciado por el inglés, el francés y el portugués". (2)

Todos estos acontecimientos ensancharon la grieta por la que se desbordaría pletórica la clara corriente de la idea libertaria, convertida en acción por el audaz empeño de los doctores de Chuquisaca, que "representan el factor fundamental bajo cuya acción todo el Alto Perú se lanzó el primero entre los pueblos americanos a la guerra por la independencia", arrojando valientemente el primer ataque a los sólidos cimientos de la organización colonial en forma de una legítima "revolución espiritual", superior por sus alcances y consecuencias a cualquier otra "acción militar". Y es así que en un 25 de mayo de 1809, hizo eclosión, en forma de un motín callejero la idea emancipadora, predicando el postulado audaz de que América frente a los acontecimientos y codicias de potencias extranjeras, debe vivir autónoma, con gobiernos propios, surgidos de la voluntad soberana de sus pueblos, y es de admirar, dice Jaime Mendoza, "el ingenio y la táctica singulares con que aquellos clarividentes jurisperitos, supieron dar cima a sus proyectos", pues invocando el mismo nombre del soberano derrocado por el emperador extranjero, falacia empleada luego por las otras colonias un año más tarde para encubrir tras ese nombre la independencia del país (G. R. Moreno), llegaron a la alborada del 25 de mayo, en que bajo el argentino tañer de las campanas de torres catedralicias echadas a vuelo, tocando rebato, anunciaron a los pueblos de América el triunfal advenimiento de la Libertad.

Por los relatos vemos que, los revolucionarios del 25 de mayo, son maestros en la técnica del "golpe de estado". Bien saben que la rebelión abierta, la provocación y la lucha callejera, será fácilmente reprimida, ya que el poder de la autoridad es muy sólido y muy superior a su esfuerzo, y entonces con sutilezas dignas de su ingenio y capacidad revolucionaria urden mil pretextos —censura a la Junta de Sevilla, a su representante Goyeneche, a las pretensiones de Carlota de Braganza, vítores al Rey— y mimetizan en forma admirable el ideal libertario, de tal suerte que los gestores están en posibilidad de continuar su obra subversiva, aún al amparo de las mismas autoridades, tanto en Chuquisaca como en otros centros importantes de la Colonia hasta donde llega la irradiación organizada.

La simiente germinada en Chuquisaca echa sus raíces por todo el continente, pero, aún faltarán 15 años para que el árbol de la libertad cobije plenamente al suelo que le hiciera nacer. La historia parcializada muchas veces sólo se dedica a la "descripción de los sucesos victoriosos", pero queda la Justicia del Tiempo, que sopesa los alcances de todos los hechos, y él reconoce y reconocerá que la **gloria del 25 de mayo de 1809 es obra de Chuquisaca, orgullo de Bolivia y fasto inolvidable de la América de Colón.**

(1). Para darnos cuenta de lo que este significaba, nos referimos a la afirmación de Campomanes que decía: que por dos mil toneladas de comercio lícito que llegaba al Virreinato del Perú, trece mil toneladas se introducían de contrabando.

(2). Jaime Mendoza. — "La Universidad de Charcas y la Idea Revolucionaria".

BIBLIOGRAFIA

Tupaj Amaru, el Rebelde — Boleslao Lewin.

Chuquisaca. — Jaime Mendoza.

Introducción a la Sociología — Cuviller.

Números de la Revista de la Sociedad Geográfica "Sucre".

SANTAYANA O EL GRAN HOMBRE AL MARGEN

por RAMON SENDER

AUNQUE Santayana escribiera toda su obra en inglés, la verdad es que puede ser considerado un escritor hispánico. Incluso un escritor del 98. Representa Santayana fielmente el espíritu que se atribuye a esa famosa generación a la cual parecen ir adscritos el escepticismo en religión, el pesimismo en política y una especie de fría desesperanza en su idea moral del hombre. Los dos últimos supervivientes, Azorín y Baroja, siguen siendo las dos sombras grises que fueron toda su vida, y parecen llevar consigo la aureola negativa de su desamor por la vida y de su indiferencia por los destinos de España. Ninguno de ellos escribió en favor de la monarquía. Tampoco lo hicieron en contra. Ni colaboraron ni atacaron a la república. Finalmente, ninguno de ellos elogió a Franco ni ataca hoy a Franco. En cierto modo, los hombres del 98 eran "los hombres del margen". Los grandes hombres del margen.

El autor de "El último puritano" para evitar la corriente de las ideas y los intereses de su tiempo vivió solo y cultivó su soledad con amor y cautela. Fué profesor en Harvard, pero no disimuló nunca sus sentimientos antiuniversitarios y antiacadémicos. Sus peculiaridades eran suyas y no las de su grupo social. Ni siquiera las de su profesión. Su única extravagancia de profesor era el aislamiento elusivo.

Americano de idioma, nunca hizo profesión de americanismo, y murió a los 88 años siendo ciudadano español. Enamorado de su patria de origen, España, no volvió a visitarla desde 1886. Tampoco vivió en América en los últimos treinta años. Una herencia le permitió dejar la universidad y fué a vivir a Inglaterra y después a Europa. Católico de nacimiento, publicó libros escépticos y descreídos. Su falta de fe no le impidió escribir un conmovedor análisis de la personalidad de Jesús. Aunque era sabida su indiferencia religiosa, fué a vivir los últimos años de su vida en un convento cerca de Roma. Murió sin auxilios eclesiásticos. Todas las circunstancias parecen definir en Santayana un hombre al margen de las escuelas, las sectas y los partidos. Ni la gloria, ni la fortuna, ni el respeto de los mejores, ni el entusiasmo de los jóvenes le hizo salir de esa media sombra en la que se refugió entre desdeñoso y tímido evitando cuidadosamente toda definición y clasificación.

Santayana, que tantos lectores tiene en América y cuya obra filosófica ha tenido influencia considerable en la juventud americana, fué bastante traducido al español. Algunas de esas traducciones, como la de su análisis de la personalidad de Jesús (Editorial Sudamericana), son excelentes. Santayana como humanista interesaba en España, en Francia, en Alemania. Llamar humanista a alguien es como darle un título de nobleza con raíces en el Renacimiento. El mismo Menéndez y Pelayo, tradicionalista y conservador, tiene un acento liberal al tratar de los heterodoxos españoles. Claro es que hay muchos modos de ser liberal, y el Dr. Marañón se ha definido a sí mismo como liberal antidemocrático. La combinación no es nueva, pero se quiebra de sutil.

Santayana escribió poesía, ensayo y novela. En poesía tenía acentos curiosamente idealistas y místicos; en el ensayo mostraba un don especulativo agudo y frío, y en la novela seguía la tradición realista española con el sentido inglés de la mesura a la manera de Henry James. En sus versos "Sonetos y otros poemas", "Lucifer" —una tragedia teológica — y "El eremita del Carmelo" se veía una curiosa influencia hereditaria. Tenía antepasados en Avila, tierra de místicos. Pero su misticismo era de orden estético y estaba siempre vigilado y contenido por su razón de filósofo.

El libro que lo hizo popular y famoso es una novela: "El último puritano". La escribió cuando tenía ya setenta y dos años y la publicó en 1936. Tiene el subtítulo de "memorias en forma de novela", y su popularidad sorprendió a los críticos porque no había una sola página que representara una concesión a la crudeza sensacionalista de la época. Por encima de cualquier otra cualidad, la novela de Santayana es honesta y sincera, sin exaltaciones ni violencias. Lo que hay de sátira se transforma en melancolía comprensiva. El estilo es limpio y extremadamente vivo.

Pero la parte más sólida de su obra es el ensayo. En esto también se parece a los escritores españoles

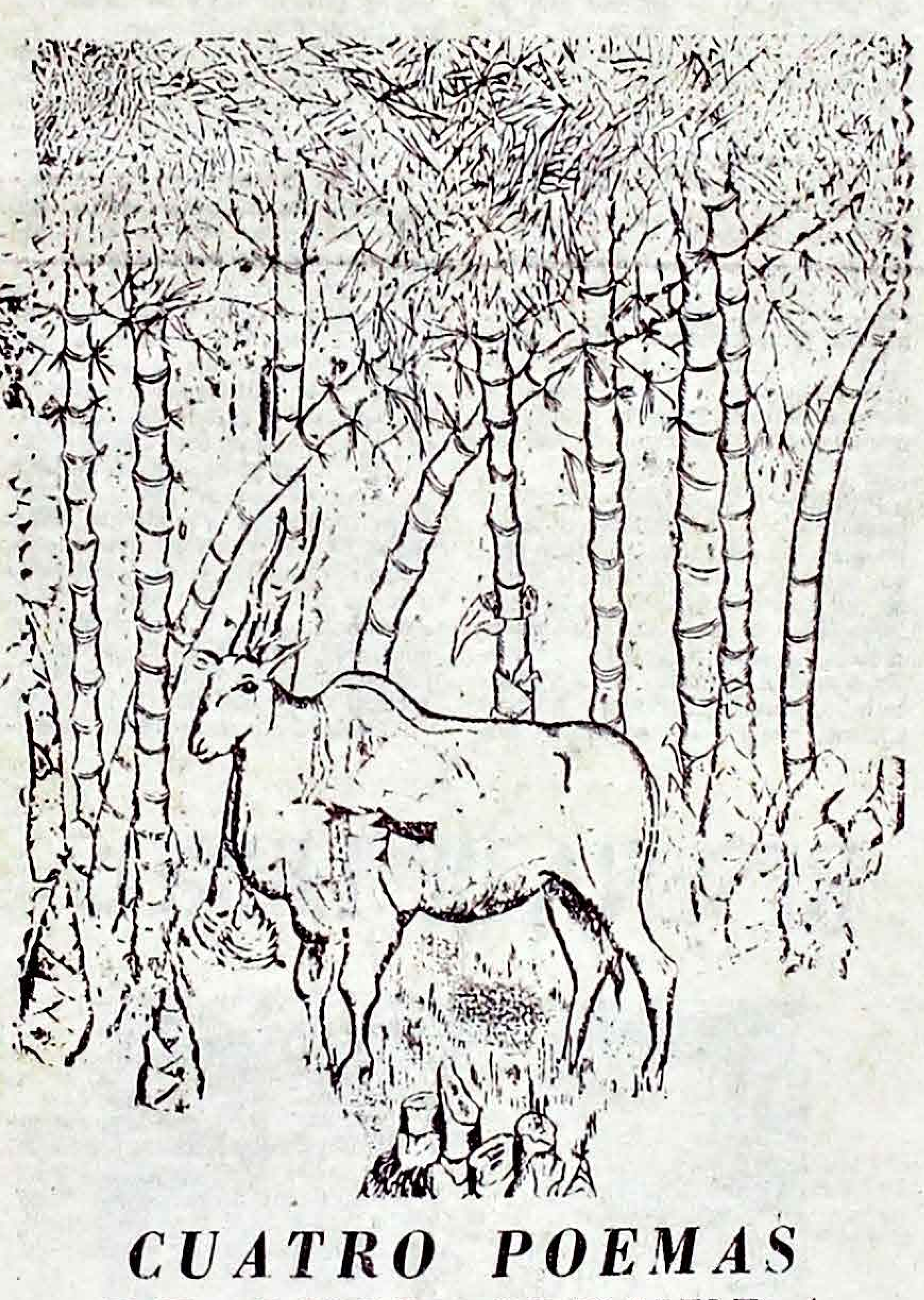
y la religión" y "El sentido de la belleza" fueron los primeros estudios que atrajeron sobre él la atención siendo todavía profesor de Harvard. Otros ensayos famosos, de carácter más metafísico son "El reino de la verdad", "El reino del espíritu", "El reino de la materia" y "El reino de la esencia". Anteriormente a estos ensayos fué "La vida de la razón", que gustó extraordinariamente a William James —hermano del novelista Henry— todavía vivo. A pesar de lo que el mismo Santayana declara a menudo y de su simpatía por filósofos modernos como Schopenhauer, su germina fe estaba con el panteísmo de Spinoza y con los antiguos griegos.

En 1946 publicó su "Idea de Cristo en los Evangelios", el más religioso libro escrito por un hombre sin creencias religiosas. Más tarde publicó antologías de su propia [illegible] y recuerdos de su vida bajo el título de "Personas y Lugares". Ultimamente preparaba nuevos estudios sobre el clasicismo helénico, ensayos diversos— algunos publicados en 1951 con el título "Denominaciones y Potestades" —y una traducción en verso de un viejo poema italiano sobre Lorenzo "el Magnífico". (Lorenzo de Médicis).

Era Santayana en su vida privada fácil de tratar, difícil de comprender. Simple en apariencia, inaccesible en el fondo. En su tiempo de profesor discutía los prejuicios universitarios, se burlaba de la seca erudición y satirizaba la gravedad y la solemnidad de la vieja institución de Cambridge. Acostumbrado a vivir como un estudiante casi toda su vida, trabajó y recibió sus visitas en la misma habitación donde dormía. Años enteros pasó en Roma sin salir apenas de su celda conventual. Sus amigos acudían a verle de diferentes partes del mundo. En Oxford y en la Universidad de París, donde había dado conferencias, lo recuerdan como una personalidad gris y modesta y una inteligencia clara y luminosa. Su acritud y su capacidad satírica —siempre condicionada por el buen gusto en la expresión— las reservó para "El último puritano" donde revela mejor que en otras obras las condiciones analíticas y críticas de orden positivo, es decir, en relación con los valores sociales establecidos.

En la poesía era de una sensualidad sublimada, que se puede situar tal vez entre Machado y Unamuno. En la novela, más penetrante que Baroja y más trascendente que Unamuno. En el ensayo crítico, menos difuso que Azorín, y en la filosofía más, sistemático y articulado que sus contemporáneos de habla hispánica. Huía cuidadosamente de la espontaneidad indisciplinada que nos es tan cara a los españoles. Por nada del mundo habría Santayana disfrazado de originalidad lo que era incapacidad para la concepción y la estructura, como hace Unamuno en "Niebla".

Era Santayana cuidadoso del orden de su razón. La razón de un hombre de letras pertenece más que a sí mismo a la sociedad en la que vive. En todo lo demás se reservaba el derecho a la máxima libertad. Fué siempre soltero como Baroja, insociable como Azorín, iluminado como Unamuno, arguyente y articulado como Maeztu, gustador de la buena palabra como Valle-Inclán. Representaba una síntesis curiosa de los dos tendencias del grupo español: la esteticista y la filosófica. Y su honestidad estaba fundada en la necesidad de ser absolutamente fiel a su concepto de la realidad. Irreligioso, escribió el mejor libro sobre Cristo. Español de nacimiento y de secreta inclinación, no fué a España en sus últimos sesenta años. Americano de adopción, vivió casi siempre fuera de América y no adquirió nunca la ciudadanía. Anticlerical, fué a refugiarse en un convento y antes de morir dispuso en su testamento que lo enterraran en un cementerio católico, pero en la parte no consagrada. Es decir, al margen. Hasta después de su muerte consideraba filosóficamente el margen, si no el lugar de la verdad, por lo menos el de la duda tan amada por



CUATRO POEMAS DE LUIS CERNUDA

"ES aroma que tiene
Halago amigo", piensas,
Viajero a la tarde
Por este campo extraño,
Al hallar sobre un seto
Las flores estrelladas
Que abrió la madreselva.
Pero insidioso evoca,
Aunque tan nuevo y fresco
Otro igual, diferente,
Cruel, donde revive
Algo tuyo perdido:
Tardes cuando así ibas
Por un campo y verano
Llenos del penetrante
Aroma, que levanta
Aquí más ténuemente,
Tal como cuerpo joven
Hoy, te evoca otro cuerpo
Joven también un día.
Y vuelve aquel anhelo
De apresar un perfume,
De estrechar una sombra
Mientras llevas las flores
Vivas hacia los labios
En confusión, besando
Realidad y memoria,
El deseo insumiso
Al tiempo, todavía
Turbada el alma, ¿para
Qué o quién?, con un suspiro.

BAJO el cielo, en la oscura
Medianoche del puerto,
Viró el navío proa al agua.
Reposo y movimiento en uno [fueron.
Solo junto a la sombra,
Con voces y con risas
Ajenas allá abajo,
Lejos miró. ¿Era sueño o vigilia?
Nada suyo guardaba aquella tierra
Donde existiera. Por el aire,
Como error, diez años de la vida
Vió en un punto borrarse,
En el tiempo, horas que no [sonaron.
Y le llevó el navío, a ciegas,
Como al muerto temprano.

LA noche y el camino. Mientras,
La cabeza recostada en tu [hombro,
El cabello suave a flor de tu mejilla,
Su cuerpo duerme, o sueña acaso.
No. Eres tú quien sueña solo
Aquel afecto noble compartido,
Cuyos ecos despiertan en tu mente [desierta
Como en la concha los del mar que [ya no existe.

COMO si equivocara el tiempo
Su trama de los días,
¿Vives acaso los de otro?
Extrañas ya la vida.

Lejos de tí, de la conciencia
Desacordada, el centro
Buscas afuera, entre las cosas
Presentes un momento.

Así de aquel amigo joven
Que fuiste ayer, aguardas
En vano ante el umbral de un sueño
La ilusa confianza.

Pero tu faz en el alinde
De algún espejo, vieja
Hosca, abstraída, te interrumpe
Tal la presencia ajena.

Hoy este intruso eres tú mismo,
Tú, como el otro antes,
Y con el cual sin gusto inicias
Costumbre a que se allane.

Para llegar al que no eres,
Quien no eres te guía,
Cuando el amigo es el extraño

ANTECEDENTES DE LA REFORMA AGRARIA

SUPERVIVENCIAS DE LA SOCIEDAD GENTILICIA

EL AYLLU Y LA MARCA

por ARTURO URQUIDI

NOS hemos detenido en caracterizar con alguna amplitud el clan y la gens, precisamente para demostrar que el ayllu (1) no constituye una organización sui géneris o exclusiva de nuestro pueblo, como generalmente se cree. El ayllu es, simple y llanamente, la gens peruana, la unidad consanguínea de la sociedad gentilicia de esta parte de América. Al través de la historia, se lo ve afectando las dos modalidades inherentes a esta clase de organizaciones elementales: es decir, la forma matriarcal y la patriarcal. Testimonios aportados por los cronistas de la época colonial, prueban que el ayllu estuvo estructurado en su forma agnaticia al sobrevenir la conquista española. (2) Por lo demás, la dinámica natural de estas sociedades, condujo al ayllu a su agrupamiento en entidades superiores como son las tribus y las confederaciones tribales.

El sociólogo boliviano Dr. Bautista Saavedra está en lo cierto al considerar el ayllu como una gens. "El ayllu —dice a propósito— no es sino la gens primitiva de las poblaciones del centro del continente sudamericano". Sin embargo, a lo largo de la obra que ha escrito sobre este tema no llega a caracterizar debidamente el ayllu, ni en su estructura ni en sus relaciones dentro de la sociedad gentilicia. En su concepto, el clan es muy diferente de la gens, olvidando que tanto ésta como aquél son expresiones de la misma organización gentilicia, con sólo la diferencia de que el primero reconoce la filiación materna y la segunda, la filiación paterna. Confunde, pues, el clan con la tribu y pierde de vista, en primer lugar, que el ayllu también ha tenido, sin duda, el carácter de clan en su fase o modalidad cognaticia, y, en segundo lugar, que las tribus peruanas estuvieron constituídas, en sus respectivas etapas históricas, por ayllus tanto matriarcales como patriarcales, o lo que es lo mismo, tanto por clanes como por gens.

* * *

El hombre es producto y parte integrante de la naturaleza. Surge y se desenvuelve históricamente en el seno de ella. En ningún momento y bajo forma alguna se lo puede concebir desvinculado de su medio geográfico.

La naturaleza, al mismo tiempo que matriz generadora del hombre, es, también, el escenario o "medio ambiente" donde él vive y desarrolla su cultura. En este concepto, los grupos elementales, aun los más primitivos, también han tenido un territorio, un área de dispersión, en el cual encontraban sus medios de subsistencia, ya como simples recolectores o ya como cazadores. Mas, como esa relación era inestable a causa de la vida nómade o trashumante que llevaba el hombre, el territorio, como elemento de cohesión, desempeñaba, indudablemente, un papel secundario en la llamada sociedad gentilicia.

El territorio aparece como un nuevo vínculo aglutinante de la sociedad, cuando las organizaciones gentilicias evolucionan hacia la tribu y empiezan a cultivar la tierra.

Siguiendo ese proceso general de las sociedades elementales, hubo un momento en el cual el ayllu, ligado exclusivamente por lazos de sangre en los primeros tiempos, devino entidad territorial - económica, para afirmar su existencia al través de largos períodos históricos que llegan hasta nuestros días.

El área geográfica donde el ayllu ejerce su soberanía territorial se conoce con el nombre de marca. Los contornos de ésta —según Hildebrando Castro Pozo— estarían determinados por el "coto" primitivo, o lugar de las correrías de la horda en busca de alimentos, de tal manera que el usufructo impuesto sobre ese territorio, traía consigo el derecho de impedir que otros grupos similares penetrasen en él (3.

Al desarrollarse la industria agrícola y ganadera —base de sustentación de la vida económica del ayllu en su fase tribal— la llacta o centro urbano vino a constituir el núcleo funcional de los grupos gentilicios asentados en la marca. Es en este último aspecto que la marca suele definirse como una "comunidad de aldea", opinión con la cual coinciden muchos sociólogos, entre ellos Bautista Saavedra.

De todas maneras, sea que se tome la marca en sentido amplio o restringido, ésta constituye la base geográfica o unidad territorial donde el ayllu ejerce su soberanía y desarrolla su vida económica, política y social.

La superficie de la marca estaba dividida en dos porciones: Llactapacha y marca-pacha. La primera comprendía la parte cultivada por el pueblo y fraccionada en parcelas individuales o tupus; y la segunda, comprendía las tierras comunes o de reserva.

El ayllu reconocía la autoridad de un jefe, el ayllu-camayoc, encargado de dirigir los trabajos de la comunidad. El principio de autoridad se hallaba encarnado en el camachicuc, palabra quichua que denota jefe o persona capaz de impartir órdenes. Su equivalente aymara se encuentra en el término jilakata, o el mayor. Probablemente, al correr del tiempo, estos jefes fueron adquiriendo cada vez mayor importancia, hasta investir funciones políticas y administrativas, a medida que el ayllu se integraba en organizaciones más vastas como las tribus y las confederaciones tribales.

Desde tiempos pretéritos, anteriores inclusive a la época incaica, el ayllu aparece dividido en dos sectores: hanansaya y hurinsaya, que significan barrio alto y barrio bajo, respectivamente. Los conquistadores dieron el nombre de "parcialidad" a dichos barrios. Algunos autores opinan que esta separación obedecía a la necesidad de mantener el orden dentro de la comunidad, estableciendo recíprocos miramientos o competencias entre ambos bandos. Según otros autores, tal división tiene su antecedente en segregaciones exogámicas de origen matriarcal. Finalmente, otros autores explican dicha clasificación por un concepto de prioridad, entre los primeros y los posteriores ocupantes.

Las actuales comunidades indígenas mantienen todavía esta separación de barrios o sectores, conservando los nombres tradicionales de hanansaya y hurinsaya.

Las duras condiciones del medio geográfico, la conciencia de una responsabilidad colectiva y el escaso desarrollo de la técnica productiva, estimularon un hondo sentido de cooperación social en el ayllu. El trabajo asociado se practicaba habitualmente y tenía su expresión en múltiples formas de reconocida eficacia. La chunca (clasificación de equipos para el laboreo de la tierra), la mitta (turno obligatorio para la ejecución de trabajos agrícolas y de otro orden) y la mincca y el ayni (préstamos de trabajo en beneficio general o privado), prueban, en efecto, que el ayllu peruano sistematizó el trabajo con admirable sabiduría y fomentó en vasta escala la conjunción o solidaridad de esfuerzos.

Sin estas organizaciones de trabajo, que los incas llevaron a su mas alto grado de perfección, no podrían explicarse el progreso de la agricultura y de la alfarería, ni esas obras de gran aliento que se trasuntan en las andenerías o terrazas, los acueductos, los caminos, etc., etc., que la cultura peruana —preincaica e incaica— ha dejado a la posteridad.

Determinar el origen de la agricultura peruana es tan arduo como precisar el origen del hombre americano mismo. Continúa siendo un problema el saber si los grupos étnicos que incursionaron a esta parte del Continente fueron todavía meros recolectores o tenían ya nociones de agricultura elemental.

Al respecto, afirma Tello "que es indispensable suponer que el hombre llegó al Perú en estado muy bajo de cultura, debió penetrar por el Oriente o el Norte, alimentarse con los productos de la caza, con las raíces y frutos silvestres, habitar las cuevas y llevar, en general, vida semi - nómade".

Muchos autores de gran nombradía coinciden con la opinión de Tello y sostienen que, indudablemente, "hubo una época en que ningún pueblo americano conociera el cultivo de las plantas y en que la agricultura jugaba ningún papel en su economía doméstica".

Por lo demás, la remota antigüedad de la agricultura americana parece probada por los siguientes hechos:

1º. — Porque muchas familias y especies de plantas cultivadas no eran conocidas fuera de América antes del viaje de Colón;

2º. — Porque varias de esas plantas cultivadas no han dejado rastros de sus ascendientes silvestres, lo cual revela que para propagarse necesitaban la intervención del hombre; y

3º. — Porque algunas de dichas plantas han perdido la facultad de producir semillas y solamente pueden propagarse por medio de gajos o esquejes.

Ricardo E. Latcham, de quien tomamos tan ilustrativos datos, refiriéndose a la evaluación del poder germinativo de algunas plantas americanas, dice textualmente: "Este fenómeno se encontraba en algunos árboles y arbustos, cuyos frutos ya crecían sin cuescos o pepas, en algunas plantas como el plátano, cuya vaina ya no contenía semillas, pero más especialmente en un número grande de las plantas cuyas raíces o los tubérculos que dependían de ellas eran cultivadas para fines alimenticios, como la yuca (manihot), maranta, papa, oca (oxalis), massua (tropoeoleum), ulluco (solanum), aracacha, batata, etc., ninguna de las cuales se reproducían de semillas, sino de esquejes o patillas, o bien por la plantación de sus tubérculos".

"Algunas producían —agrega el mismo autor— un simulacro de semilla pero tan degenerada que no servía para la propagación de la planta, por no ser fertilizable. Durante la larga época de su desuso, habían perdido la facultad de germinar o cuando lo hacían su fruto eran tan degenerado, pequeño, insípido y a veces dañino, que no servía para el alimento" (5).

La agricultura indígena de América ha aportado a la alimentación de la humanidad entre cereales, raíces farináceas, legumbres, fruta, etc., productos tan valiosos como los siguientes: Maíz, quinua, papa, batata o camote, yuca, maní, achira, yacón, ají, cucúrbitas diversas, frejol o poroto, achojcha, tomate, pepino, piña, coca, chirimoyo, palto, lúcumo, guayaba, ciruelo, papaya, plátano o banano, etc.

Entre los textiles, el algodón o utcu (Gossipum) es otra planta domesticada por el primitivo pueblo peruano. (6)

Siglos de experiencia y esfuerzos ingentes se concretan en este precioso acervo que las culturas aborígenes de América dejaron a la posteridad, para disfrute nuestro y de la humana especie en general. ¡Cuánta grandeza se encierra en este legado perdurable que, cual síntesis evocativa de la milenaria lucha del hombre con la naturaleza, nos dejara esa raza hoy sojuzgada y escarnecida, al menos si se piensa que ni la Colonia ni la República, pudieron jamás realizar una obra creadora semejante!

La desecación de alimentos, procedimientos que hoy se practica en vasta escala, para asegurar la conservación de aquéllos y facilitar su transporte, es otra conquista importante de la cultura indígena del Perú. El chuño, la tunta, la moraya (variedades de papas heladas y desecadas), el charque (tasajo) y la quisa (fruta desecada), son los productos demostrativos de esa industria de desecación de alimentos, iniciada por el pueblo peruano, y cuyos métodos siguen aplicándose en la actualidad.

En el orden pecuario, la domesticación de la llama y la alpaca (la de la vicuña quedó interrumpida por la conquista española) es otro hecho digno de ser destacado entre las actividades industriosas del antiguo pueblo peruano, sobre todo si se tiene en cuenta que las culturas posteriores no han podido hacer lo mismo con las demás variedades de auquénidos, limitándose, por el contrario, a exterminarlas en forma inconsciente e irresponsable.

La conservación de suelos, finalmente, constituye otro ejemplo que no hemos sabido imitar, a despecho de la técnica y los recursos modernos y de nuestra mayor cultura.. Los propietarios actuales malgastan la tierra fértil con tal despreocupación, que pareciera que con ellos ha de extinguirse la vida de nuestro pueblo.

La lucha contra la erosión, que hoy preocupa tanto a los países civilizados, tuvo en los antiguos peruanos, como se sabe, a sus precursores más calificados y expertos. Las terrazas o andenerías preincaicas se consideran hoy mismo como un modelo en su género, en materia de conservación de suelos. Entre otras opiniones respecto de estas obras, Luis E. Valcarcel nos proporciona el siguiente juicio, autorizado y encomiástico: "El talento de la ingeniería —dice F. O. Cook— se desplegó también en el arreglo y graduación de las terrazas, en la dirección y canalización de los ríos y en llevar los acueductos de irrigación a lo largo de declives profundos y de las crestas de las montañas a menudo durante muchas millas. En algunos distritos todas las tierras agrícolas son de construcción artificial y representan un dispendio asombroso de labor, sin segundo entre las llamadas "Maravillas del Mundo", en el hemisferio oriental. Los constructores de las terrazas eran diestros no sólo en el levantamiento de los muros sino en el arreglo del terreno artificial que ha conservado su fertilidad durante siglos de labranza. Así la agricultura antigua del Perú ha resuelto el problema de la conservación del terreno y ha presentado un contraste completo con los sistemas dispendiosos que se han empleado hasta el presente en muchas partes del mundo..." "La terraza agrícola no es sólo un medio de utilizar los terrenos quebrados y escarpados sino también de interés porque representa un sistema permanente de agricultura, en contraste con nuestros modos de empleo del suelo. Los antiguos peruanos eran Reetructuradores del terreno, mientras que muchos de nuestros campesinos son destructores. Por medio del terraplenamiento, el suelo es desecado y conservado de modo que no pierda su fertilidad, sino que pueda continuar en aumento, como lo hace en los terrenos no cultivados. Las tierras terraplenadas de los valles de los Andes orientales indudablemente han sido cultivadas en forma persistente durante muchos siglos y todavía son muy productivas. La gran antigüedad del sistema de terrazas tiene, además, una significación especial en cuanto patentiza la posibilidad de una agricultura permanente, lo cual constituye la base necesaria de una civilización perdurable". (7).

---

(1) "La palabra ayllu es de origen quichua. En Bolivia varios autores, como Saavedra, han pretendido que era aymara originariamente, pero la lengua aymara tiene otra palabra propia para ello, que es hatha y que figura como tal en el más viejo diccionario de esta lengua. De ella salen palabras como hilahata, que quiere decir jefe del linaje; la palabra quichua correspondiente es ayllucamayoc: esta palabra ya ha caído en desuso y en su lugar se usa la de curaca, que deriva de curaj, el mayor. Hilahata se traduce también por el "primero del linaje". Dick Edgard Ibarra Grasso. "Informe sobre sociología campesina de Bolivia. Cochabamba, marzo de 1953.

(2) "Un escritor de mediados del siglo XVI, fray Domingo de Santo Tomás, señala la existencia de ayllus con filiación masculina: "El ayllu —dice— comprendía todas las gentes que llevaban un mismo nombre, y no solamente los hijos de un hombre, sino también sus descendientes". En esas condiciones el matrimonio por grupos, propio del ayllu con descendencia femenina, ya no era posible". Rodolfo Puigrós.— "De la Colonia a la Revolución, pág. 31. Editorial Lautaro. Buenos Aires 1943.

"En la antigua historia peruana y aun en la familia indígena actual, para evidenciar la existencia de una era de matriarcado cortada por el patriarcalismo inca, hay una serie de pruebas exhibidas por Max Uhle, Latcham y Bandelier como la palabra "panaka" (hermana) en los ayllus principales de los Incas; el papel más importante del hermano de la madre que llegaba a poner el nombre a la criatura y le cortaba la primera vez las uñas y el pelo interviniendo además en otras ceremonias familiares aún en nuestros días en algunas localidades; el nombre de padre-madre que se da a la autoridad del ayllu entre los uros; el mismo matrimonio del Inca con su hermana; la propia palabra "madre" que no sólo se usaba con el significado actual, sino que se extendía a las tías maternas o madres colectivas, etc. Referencia especial merece la costumbre de que el mayorazgo fuera otorgado en ciertas regiones al primogénito de la mujer legítima; si la mujer legítima no tenía hijos, la herencia pasaba a la estirpe del marido, a los sobrinos, o sea a los hijos de su hermana. Otro remanente matriarcal es la costumbre que aún persiste en ciertas regiones, de que la mujer trabaje en la tierra.

¿Fué la propia cultura inca inicialmente de tipo matriarcal o tuvo, cuando menos, fuertes influencias matriarcales en sus comienzos? Sarmiento de Gamboa habló de la importancia de Mama Guaco al lado de Manco Capac, pintándola como feroz guerrera. Guamán Poma también menciona a Mama Guaco y la considera como la auténtica fundadora del imperio de los Incas, pues habiendo escondido a su hijo Manco Capac, hizo correr la voz de que tenía como padre al Sol y luego se casó con él; agrega Guamán Poma que Mama Guaco tenía el poder de hablar con las peñas. La detallada relación que el mismo cronista hace de las esposas de los Incas, así como de las señoras principales, indica considerable respeto y consideración a la mujer". Jorge Basadre. "Historia del Derecho Peruano" — Volumen I. Editorial Antena, S. A. Lima, 1937, págs. 155 - 56.

(3) Hildebrando Castro Pozo. — "Del Ayllu al Cooperativismo Socialista". Lima, 1936, pág. 81.

(4). — Julio C. Tello. — "Introducción a la Historia Antigua del Perú". Editorial Evperión. — Lima 1921.

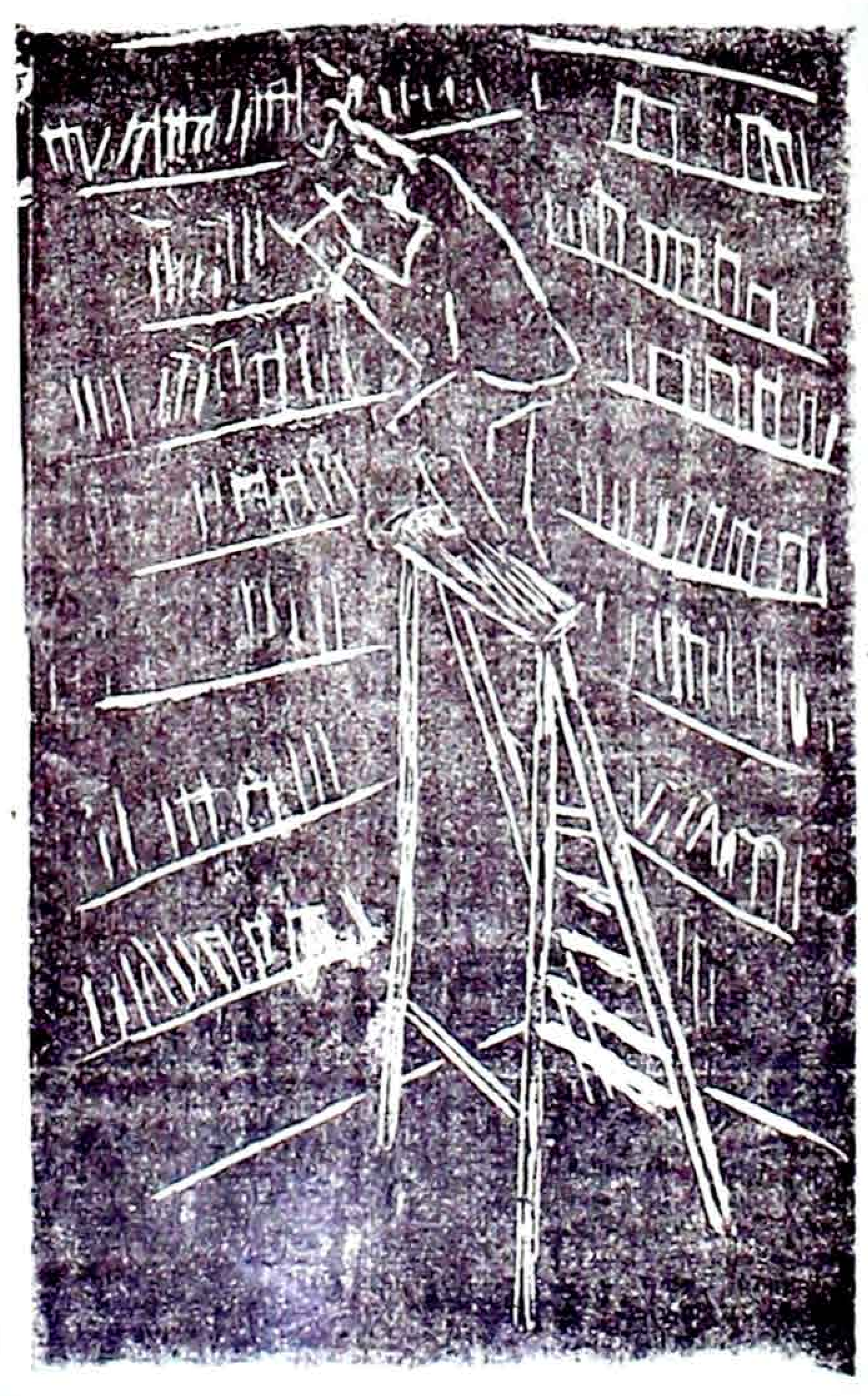
(5). — Ricardo L. Latcham. — "La Agricultura Precolombina". — Ediciones de la Universidad de Chile, 1936, pág. 113.

(6) — "En el estado actual de la ciencia ya no hay duda de que cada planta cultivada ha tenido un ejemplar silvestre original. Pues bien, el Perú, afirma Cook, es uno de los centros de domesticación de plantas más notables de la tierra, puesto que de este centro se propagaron productos como la papa, producto éste que ha revolucionado la faz económica del mundo en muchos aspectos". Emilio Romero. — "Historia Económica del Perú. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1949, pág. 46.

"La domesticación de una nueva planta alcanza los contornos de un hecho histórico trascendental por lo que significa para la economía no sólo del pueblo que la realiza sino del linaje humano en general, como en el caso de la papa, alimento fundamental de las principales naciones del mundo o como en el del maíz, cuya máxima difusión en el planeta es un convincente ejemplo del vigor con que se expanden los inventos del hombre". — Imprenta del Museo Nacional. — Lima, 1943, pág. 167.

(7). — Luis E. Valcárcel. — "Historia de la Cultura Antigüa del Perú". — Imp. del Museo Nacional. — Lima, 1943, págs. 169 y 170.

RESEÑA DE LIBROS



Interpretación de la historia sudamericana, por Arturo Vilela, ediciones de la Alcaldía Municipal, La Paz, 1953.

EL escritor Arturo Vilela no necesita presentación ante los lectores. Su obra —ensayo, sociología, crítica— revela una actitud y una conciencia, y está saturada de una fuerte vitalidad que se hace más humana y cordial mientras penetra con mayor hondura filiadora en los problemas del tiempo y en la circunstancia que le da color y vigencia. Sus trabajos primerizos, realizados con rigor metódico y honda responsabilidad espiritual, aparecieron en revistas y diarios y sirvieron para sostener un detenido diálogo con el país. Casi al mismo tiempo publicó su primer libro, "Bolivia Intima", en que tradujo su preocupación nacional en vigorosas masas de análisis y aclaraciones. El valor de aquel libro se refleja en que es edición agotada, lo que equivale a que su siembra cayó en tierra fértil. Posteriormente dió a la estampa otro libro con informaciones sagaces sobre el país.

Periodismo y diplomacia absorbieron, durante años, a Vilela. Pero el ensayista y escritor que habitan en él, formados de consistencia sólida y apremiadora, impusieron sus exigencias. Ha vuelto ahora el autor con este nuevo libro, "Introducción a la Historia Sudamericana", a conversar con el lector, para no interrumpir antiguas amistades silenciosas y fecundas; vuelve a comunicarse con los demás para decirles, en sobrio y preciso lenguaje de estudioso, el resultado de sus vigilias, de sus viajes, de sus lecturas; las obligaciones de su espíritu. Libro de lenta elaboración, de mayor aliento que el primero, es también de más amplias resonancias. Se interna —con muy importante vastedad documental y bibliográfica— en el desarrollo de las ideas latinoamericanas, las corrientes mentales que circularon desde la Conquista y la Emancipación; las estructuras ideológicas influyentes en la organización de naciones autónomas y, finalmente, en su recorrido republicano. Estudio y crítica, análisis y deslinde —principalmente apoyados en la Ciencia Política y sociológica— corren parejos por las páginas de este libro. Lo que corresponde a estamentos y clases sociales; lo que hay en ese tránsito de auténtico y agregado, de legítimo y superpuesto, lo propio y lo foráneo aparece en válidas indagaciones documentales y críticas. Por lo mismo que abarca un campo muy extenso, en el cual la misión de la historia cumple sólo la tarea de referencia señalera, el ensayo está eslabonado en grandes síntesis. Valioso, claro, decidor para todos cuantos quieren acercarse —en apretado panorama, no por eso menos completo ni menos responsable— a los conjuntos problemas latinoamericanos, a su pasado y su presente, merece ser ampliamente difundido.

Las ideas y los hechos de nuestra parcela continental de territorio, a veces particularizados por egoísmos nacionales, fueron siempre, correlativamente en el tiempo, ideas y hechos continentales; formas de conciencia que actuaban, con el mismo calor, en todas las regiones, y manifestaciones de hechos que generalmente confluían hacia similares objetivos. Arturo Vilela, con sus investigaciones contenidas en este libro, llega a conclusiones inequívocas.

Debe considerarse como robusta contribución a los estudios, renovados siempre, en afán de una mayor comprensión, sobre el desarrollo latinoamericano.

Rodolfo Salamanca Lafuente.

ANTECEDENTES PARA LA REFORMA AGRARIA EN BOLIVIA, Departamento de Extensión Cultural, Universidad Técnica de Oruro. Oruro, 1953.

A las ya numerosas publicaciones editadas por la Universidad Técnica de Oruro, por conducto de Departamento de Extensión Cultural, viene a sumarse este folleto que registra un material de actualidad incuestionable.

Divídese la obra en cuatro secciones: la reforma agraria en Asia, la reforma agraria en Europa, la reforma agraria en América y planteamientos y doctrina sobre el problema, y recoge en cada una de ellas las leyes pertinentes y su reglamentación, análisis de las mismas y, en la última parte, estudios del más alto interés sobre el tema debidos a la pluma de autorizados expertos. En suma, una publicación utilísima para todos aquellos que se preocupan por el desarrollo y la solución del problema de la tierra.

DESARROLLO DEL PENSAMIENTO POLITICO EN BOLIVIA, por Alipio Valencia Vega, La Paz, 1953.

EN una síntesis sumaria de nuestra historia política, Alipio Valencia, desarrolla un estudio completo del tema, que comprende la evolución de las ideas políticas en el país, desde la época del Tahuantinsuyo, pasando por la del Coloniaje, la Revolución y la República hasta llegar a nuestro siglo y la historia contemporánea. "Bosquejo" denomina el autor a su obra, con modestia evidente, pero el libro, breve como es, resume de modo ejemplar el "desarrollo del pensamiento político en Bolivia" y constituye, de ese modo, un pequeño vademecum, por el rigor de la exposición y la claridad de sus exposiciones. Está destinada esta obra, según reza la introducción, "al común de las gentes, al pueblo y a los estudiantes; no precisamente a los eruditos o a los hombres especializados en el manejo de la historia o de la política" pero quien quiera que la lea encontrará en ella un agudo examen de la historia de las ideas políticas que han regido la evolución del país, realizada con certero juicio y amplio conocimiento de la materia.

NACIONALISMO y COLONIAJE, por Carlos Montenegro, ediciones de la Alcaldía Municipal, La Paz, — La Paz. 1953.

REEDICION de la obra que obtuviera en 1945 el primer premio en un concurso sobre historia del periodismo boliviano, convocado por la Asociación de Periodistas. Precedida de un prólogo de Augusto Céspedes, en el que esboza la vida y la obra de Montenegro, contiene interesantes capítulos sobre la evolución de las ideas políticas bolivianas expresadas a través de los periódicos y diarios nacionales, comenzando en la época colonial y el período de la Independencia y concluyendo en el análisis de las tendencias políticas —de notorio sentido autonomista— que caracterizan a la prensa boliviana del presente siglo.

Son valiosos los capítulos relativos a las primeras manifestaciones publicitarias antes de la República, particularmente la función que ejerció el Rimay Pampa (o sea la propaganda de determinados hechos en campos especiales de reunión popular) y asimismo la prédica revolucionaria contenida en los libelos y pasquines, los más de ellos manuscritos, utilizados por los criollos con el propósito de ridiculizar a determinados personajes o de combatir las arbitrariedades del régimen colonial español.

El libro se adentra en conceptos sociológicos y políticos, con una orientación a todas luces nacionalista.

Constituye esta reedición un homenaje a la memoria del autor.

ALGO SOBRE APOLOGETICA NACIONAL, por Pastor Valencia Cabrera, La Paz, 1953.

INTENTA glosar esta obra ciertos principio filosóficos - morales de nuestra civilización todavía en proceso formativo, "merced a cuyo dinamismo social" puede lograrse —según puntualiza el autor— el resurgimiento de una gran nación americana, que eso fué la nuestra en los tiempos del apogeo de la civilización aymara - khechua.

Se inicia el libro con una invitacion al lector a meditar sobre la importancia de nuestro pasado histórico, en el que hay aspectos "admirables" y que, sin embargo, no se han visto aún con detenimiento, a la luz de la crítica. Luego se ocupa del rol que corresponde a Bolivia en la órbita continental; a lo que fué nuestro país cuando formaba parte del Perú colonial; a la función de Bolivia comparada con la de otros pueblos contemporáneos y aún anteriores a la época en que se inicia su evolución histórica. En seguida se refiere a la acción de España en tierras americanas, con el análisis consiguiente de las instituciones coloniales: ahonda el tema de la supervivencia de las instituciones indias en la historia americana moderna, concluyendo con un llamado a la acción de los intelectuales y hombres de espíritu para que cooperen en la cruzada de encauzamiento nacional, que se impone realizar, orientando al país por más altos derroteros y no olvidando nuestra raíz humana e histórica.

A. V.

A los Ciento Veinticinco Años de la Muerte del Célebre Autor de la Sinfonía Inconclusa

por OFELIA BRITOS



Es indudable que estaban en lo cierto los que en la época de Schubert afirmaban con inteligente humorismo que el famoso compositor había nacido con gafas...

Ya desde niño su aspecto no puede ser más insignificante. Físico débil, cara regordeta en la que luce las mentadas gafas, y por añadidura el padecimiento de su inveterada timidez y humildad hacen del pobre muchacho un ser en inferioridad de condiciones para la vida. Tan es así que a fines de 1808, cuando tiene once años apenas, se comisiona al gran profesor Antonio Salieri que después sería su maestro y antes lo fué de Beethoven— para elegir dos candidatos entre los aspirantes a ingresar en el Seminario Imperial, academia preparatoria para la universidad que funciona como anexo a ésta. La condición sine qua non para ingresar en ella es la preparación para ser cantor de la capilla imperial. La elección recae sobre Franz que tiene una hermosa voz de soprano (sic).

Uno de sus biógrafos dice refiriéndose a ese episodio: "Era un rústico mocito pequeño y tosco, de cabeza redonda y con anteojos de gruesa armazón. La larga camisa gris que llevaba movió a risa a los otros alumnos del concurso que apenas lo vieron entrar le pusieron el mote de "niño del molinero". Estas burlas, como es lógico, aumentan la timidez congénita del futuro gran músico. Acentúase su retraimiento pero su inspiración se acrecienta al verse obligado a vivir siempre a solas consigo mismo.

Niño prodigio, como Mozart, Mendelssohn y tantos otros, no defrauda por cierto la fe que en él han puesto sus maestros Michael Holzer, —quien confiesa al poco tiempo de hacerse cargo de su educación musical cuando el niño tiene siete años, que ya no puede continuar siendo su profesor porque su discípulo da pruebas de saberlo todo— y Antonio Salieri, que precedió a Holzer.

Toca maravillosamente el violín en la orquesta de la escuela jesuíta donde se educa, revisa los instrumentos para ver si están afinados, distribuye las partituras y hace recomendaciones a sus compañeros con un conocimiento tan asombroso de los múltiples y recónditos secretos de la música, que éstos se ven obligados a reconocer su evidente superioridad, a pesar de lo desgarbado de su físico, de la falta de gracia al hablar, y de todas sus características, que no lo ayudan, por cierto, a que lo tomen en cuenta. Sin embargo, terminan por respetarlo y hasta admirarlo.

Pero hay algo digno de mención, y es la curiosa manera de componer la música del autor de los famosos lieder. En contadas ocasiones utiliza el piano. Este instrumento, según afirma, interrumpe el orden de sus pensamientos. Difiere de los compositores de todos los tiempos que empleaban piano, violín, órgano, viola o cualquier instrumento de su especialidad. Schubert, en cambio, **teclea con los dedos sobre el pupitre como si ensayara un pasaje musical.** Escribe con rapidez asombrosa. Parece que alguien le dictara al oído. Por eso su producción es tan milagrosamente fecunda. A ello contribuye el hecho de vivir aislado en plena adolescencia. No tiene trato alguno con sus compañeros. Entonces solo, frente a su mesa de trabajo, se reconcentra doblemente. El tiempo le es breve para que su inspiración alcance un vuelo extraordinario. ¿Presiente quizás que la muerte ha de tronchar su vida a corto plazo?

Por eso, tal vez subconscientemente, se apresura a escribir y escribir como si presintiera el temido zarpazo. Por eso le vemos en — 1814 a los diecisiete años estrenar la **Misa en fa** en la iglesia parroquial de Liechtental, después de haber compuesto numerosas obras: dúos, cuartetos, fantasías, oberturas y sonatas.

Para dar una idea de la rapidez de su inspiración bastaría hacer constar que uno de los movimientos del **Cuarteto en si mayor** lo escribe **en cuatro horas y media** y que **Gretchen am Spinrade** (1), una de sus páginas más bellas —con la que nace el **lied** germánico— la compone de un tirón....

Lo lamentable es que su padre, sin oponerse a la manifiesta vocación de su hijo —él era también muy músico y lo mismo algunos de los hermanos de Franz, que eran diecisiete—, decide que éste sea como él, maestro en la escuela de Santa Ana, empleo que Schubert se ve obligado a aceptar, cediendo a la imposición paterna, y que al pobre muchacho lo horroriza. Al efecto dice uno de sus biógrafos: "En relación con los músicos los maestros eran los aristócratas de la fraternidad del hambre. Si ser maestro significaba una vida muerta, **ser músico significaba una muerte en vida**". Pero su extrema pobreza le obliga a ganarse así la vida.

Esta es otra de sus torturas: la pobreza. La implacable pobreza que lo persigue y lo perseguirá hasta el último día de su existencia. Llega a tal extremo que a veces no tiene dinero para comprar los papeles pentagramados en los que debe escribir sus composiciones. Pero ninguna de sus angustias económicas lo arredra. Vive abstraído y silencioso con una fe absoluta en su genio, ayudado por el puntal invencible de sus creencias religiosas tan firmemente arraigadas, que siempre lo ayudarán a soportar los reiterados reveses que la vida le depara.

Su misticismo, derivado de esa profunda fe religiosa, se trasunta en varias de sus obras como en el **Impromptu IV** por ejemplo, por no citar otras, y en muchos de sus **lieder**.

Sin embargo, su gran error, del que no vuelve jamás, es no sentir orgullo de ser autor de tantas y tan bellísimas canciones, extraídas de la honda raíz popular y por lo mismo casi todas ellas empregnadas del acento nacional austríaco. Simples, sencillas, frescas y puras como los campesinos de las montañas y de los valles de su hermoso país. trasuntan el espíritu y el alma de aquel pueblo, cantor por excelencia, poético por naturaleza y artista por tradición.

Además, Schubert libera al **lied** de su dependencia de la ópera, expresando en su melodía peculiar el significado del texto —talentosa innovación por la que siempre lucha— Por eso en su **Gretchen am Spinrade**, ya mencionada, nos es fácil oír el ruido característico de la rueca o en **Der Leiermann** (2) el organillo y así sucesivamente. Para conseguir esos efectos emplea el acompañamiento que utiliza para graficar el sonido logrando el significado del poema.

Por estas innovaciones se le considera el primero y más grande cantor de su tiempo. Por lo demás su inmensa producción lo atestigua. En los 650 **lieder** que dejó escritos, número realmente extraordinario, no se admira solamente lo múltiple de su producción sino la exquisita musicalidad, la poesía, el sano romanticismo, la alegría o el acento dramático de los mismos.

En esos días está en el apogeo de su carrera un gran artista, Johann Michael Vogel, extraordinario cantante. De un rostro hermosísimo, luce una figura estupenda y posee una voz de barítono privilegiada. No es extraño que sus triunfos sean fáciles. Bastante mayor que Schubert, acepta leer, a pesar de la modestia del desconocido compositor —no sin desconfianza— un **lied** de aquél, titulado **Der zwergenkoning** (3). Es tal la impresión que le causa que desde ese momento se transforma en su incondicional admirador, en su fiel amigo, y en el intérprete ideal de sus **lieder**. Su fama y su bien ganado prestigio influyen favorablemente en el público y en los editores, que abren los ojos con avidez ante el descubrimiento. Y entonces el enjambre de deliciosas canciones echan a volar por todas partes. Pero a Schubert este éxito no lo halaga.

Vogel es un amigo entrañable que contribuye, indudablemente, a suavizar sus amarguras. Lo son también otros hombres sensibles y artistas que saben, a pesar de la injusticia del ambiente, que están en presencia de un gran músico, dotado de excepcionales condiciones. Los poetas Grillparzer y Mayrhofer, el abogado von Spaun —antiguo compañero de Schubert en el seminario—; el actor, pintor, poeta, galanteador y coleccionista (sic) von Schober; Senn, otro poeta turbulento y desorbitado; la filarmónica familia de los Frohlich y tantos otros, rodean con solicitud y admiración al ensoñador artista, al gran músico que vive continuamente abstraído, ajeno a lo que ocurre a su alrededor, aunque esté sentado a una mesa de la taberna **Schwarze Katze** (4) bebiendo cerveza bávara, oyendo a sus amigos discutir sobre arte o alabar sus composiciones. Pero él no los escucha. Agazapado detrás de sus gafas sueña con su gran aspiración: llegar a ser un célebre autor de óperas. Piensa en su ídolo: Beethoven, que tan profunda influencia tiene en sus obras, sin haber podido evadirse del temor que siente desde pequeño hacia el genial compositor. Lo invade de golpe un íntimo e irrenunciable romanticismo y se estremece al contemplar el mundo de incomprensión e indiferencia que lo rodea. Entonces piensa: "Es inútil insistir en estrenar nuevas óperas". ¡**Die Zwillingsbrüder** (5), **Die Zauberharfe** (6) han fracasado! Teresa Grob, su gran amor, inspiradora de muchos de sus **lieder**, se ha casado con un maestro panadero... La pobreza lo cerca por todos lados. Sus trajes raídos le impiden presentarse en público. Lejos están ya los días en que dormía en una de las habitaciones destinadas a los sirvientes, cuando era maestro de música de los hijos del príncipe Esterhazy. Ahora, en cambio, lo explotan inicuamente los editores, que se enriquecen con la publicación de sus obras, y si aún puede evitar morirse de hambre se lo debe a la generosidad de sus amigos. Pero por lo menos no es un criado de casa noble, como le ocurría con el mencionado príncipe. Ahora es Schubert. Eso le basta, porque a pesar de su modestia y de su extrema pobreza, el gran músico tiene conciencia de su valer. Siente en su espíritu la presencia alucinante del genio. Y sabe que es esa presencia la que da vida e impulsa a su inacabable facultad creadora.

Por lo demás, justo es consignar el hecho de que debajo de su apariencia humilde y de sus trajes viejos y raídos se oculta un gran secreto. Schubert es un hombre de carácter, que demuestra en todo momento. No admite imposiciones de nadie. No modifica porque se le ocurra a cierta cantante adulada por un director de orquesta inescrupuloso suprimir tal o cual compás, y con un "¡no!" rotundo, abandona la sala de conciertos. Es lógico entonces que su carácter, que pudo ser apacible, se torne violento. No es posible culparlo.

Y así van pasando los años. Su físico débil y mal nutrido, es campo propicio para que lo destruya una enfermedad. Esta no tarda en llegar. Padece lo indecible pero al fin se recupera. Pero la miopía avanza alarmante. Dicen que no se sacaba los anteojos ni para dormir (sic). Pero en cambio su inspiración ha alcanzado su más alta madurez. Es cuando compone la tan conocida y célebre **Serenata**, por complacer a un amigo que le ruega ponga música a un pequeño poema que él ha escrito para el cumpleaños de una amiga. Cuando la termina Schubert le dice: "Tómala, pero perdona que en este momento no tenga tiempo para escribir nada más serio".

Cuando lo llevan a la fuerza a la fiesta en casa de la agasajada —cuya visita había olvidado igual que la **Serenata**—, Schubert se sienta al piano y cuando termina de ejecutarla sus ojos están llenos de lágrimas.

"No me había dado cuenta de que era tan hermosa" —dice sencillamente.

En marzo de 1827 muere Beethoven. Schubert concurre a su entierro con un dolor inenarrable. Al salir del cementerio se le ocurre una idea extraña. Entra a una cervecería y dirigiéndose a sus amigos levanta la copa y les dice: "Por el que acabamos de enterrar". Después vuelve a llenarla y agrega: "Por el próximo..." Todos comprenden que brinda por él mismo.

Dos años después ingresa en el hospital de Viena, víctima de la enfermedad de la que creyó salvarse y que al recrudecer le produce agudos dolores. Antes y durante su gravedad, compone su obra inmortal e indudablemente la más bella de todas, la **Sinfonía inconclusa**, obra en que se advierte la influencia beethoveniana y en la que culmina la grandeza de su genio. Escribe también una serie de canciones "de despedida", según se dijo, tituladas **Winterreise** (7).

El 19 de noviembre de 1828 deja de existir el gran compositor austríaco. Muere amargado, incomprendido como la mayoría de los genios y en la más absoluta miseria. La vida le negó todo: el amor, el éxito, la fortuna y finalmente la salud porque no alcanzó a vivir más que treinta y un años.

Músico romántico pero aferrado a los clásicos, Schubert triunfa después de su desaparición. Su memoria y por lo tanto su obra fué reinvindicada por Schumann que encabezaba el movimiento musical neorromántico de mediados del siglo pasado.

Sus **lieder**, siendo eminentemente austríacos, adquieren carácter **universal**, porque casi todos ellos nacen de la profunda raíz de su tierra natal, es decir, del alma de su pueblo. Por eso los entienden y los aman todos los pueblos del mundo.

Schubert no tiene por cierto la grandeza de Beethoven, ni la tristeza de expatriado, eternamente arraigada en el alma de Chopin. No es tampoco un verdadero revolucionario. Es simplemente **Schubert** y con eso basta. Es el modesto y tímido **Schwammerrl** (8) como lo llamaba cariñosamente sus amigos. Es "el hombre de las gafas", esas gafas detrás de las cuales se defendía del mundo exterior, tan en disonancia con su espíritu selecto. Es el compositor inmortal que no alcanzó a oír ejecutada su **Sinfonía inconclusa**, inconclusa como su vida, tronchada en una triste primavera. Es el muchachito prodigio que a pesar de su timidez impuso a su maestro los poemas de Schiller y de Goethe, desechando a los poetas italianos en boga, con un sentido patriótico y a la vez de precoz videncia, convenciéndolo con argumentos irrefutables de la necesidad de crear una música que estuviera de acuerdo con los textos.

Es el joven que tuvo la costumbre que nunca abandonó de pasearse con las manos detrás de la espalda y la mirada perdida en un mundo irreal, rumiando en silencio sus melodías magistrales. Es el pobre "niño del molinero" que provocaba la risa y las burlas de sus compañeros del seminario, que después respetaron su mutismo, sus paseos solitarios y cuya personalidad terminó por imponerse a todos. Es el que nació víctima de un fatal destino cuyo determinismo se fué cumpliendo hora por hora y día por día a lo largo de su breve y fecunda existencia. Es el predestinado que no alcanzó a saber — como muchos de los grandes hombres de la historia— que al fin sus contemporáneos reconocerían su genio. Tan lo fué qué algunos años después de su muerte, Goethe concurrió a un concierto en el que se ejecutaba una página de Schubert que él había desairado al no acusarle recibo. El genial poeta escuchó conmovido su poema embellecido por la inspiración del artista. Su emoción fué tan intensa que cuando terminó la ejecución aplaudió entusiastamente aunque al mismo tiempo lloraba, sin importarle que los ojos de todos los concurrentes estuvieran fijos en él.

Pero "el hombre de las gafas" no podía ya presenciar esa escena que hubiera constituído uno de sus triunfos más honrosos y más conmovedores. Posiblemente en esos instantes allá, en la otra vida, estaría paseando, totalmente abstraído, como siempre, con las manos detrás de la espalda, caminando sobre las nubes o tecleando con los dedos sobre el ala de algún ángel. Pero ni las nubes ni el ángel habrán reparado en su pobreza física ni en su raída levita. Tal vez ellos estarían escuchando en ese momento —lo que él no puede haber oído debido a su distracción de siempre— las hermosas melodías de su célebre **Ave María**. Y es por eso que las nubes y el ángel no reparan en su triste figura, ni en la fealdad de su físico, ni en la vieja levita. Ven, en cambio, eso sí, unos anteojos de gruesa **armazón** y detrás de ellos los ojos de Franz Schubert que revelan la belleza imponderable de su espíritu inmortal.

— — — — — — —

Franz Schubert nació en Lichtental (Austria) el 31 de enero de 1797 y murió en Viena el 19 de noviembre de 1828. Fué enterrado en esta ciudad en el cementerio de Wahring a pocos pasos del sepulcro del hombre que fué el dios de su angustiosa y torturada existencia: Luis van Beethoven.

— — — — — — —

(1) Gertrudis en la rueca. (2) El organillero. (3) El rey de los enanos. (4) El gato negro. (5) Los mellizos. (6) El arpa mágica. (7) Viaje de invierno. (8) Gordinflón.

INTERROGACION A LA DANZA

por ERNESTO B. RODRIGUEZ

Pensar sobre algo con lo cual se está en relación de curioso y nada más es, en principio, interrogar y luego darse la ilusión de una respuesta. Evocar sólo lo puede el adepto, el que está al tanto de los particulares misterios de un arte.

Debo confesar que esa aclaración tiende a evitar que el tema —la danza— se irrite contra mí y me interrogue: ¿Qué es lo más terrible que puede ocurrirle al escritor que toma un tema con ínfulas de autoridad pero en realidad sin ella? Que el tema lo interrogue a su vez con esa voz chillona de duende que tienen todos los temas cuando se encolerizan.

Cosa tristísima, por cierto, es ver al pobre escritor bajo el huesudo índice del tema en rebeldía soportando la humillación de un "yo acuso".

Por todo eso me cuido muy bien de evocar aquí al gran tema intelectual de la danza —suerte de coreografía de sus posibilidades— La interrogaré fantaseosamente y nada más.

Pero aún así, ¿por qué se me ha hecho problema algo tan ligero, tan fugaz, tan inaprehensible? Todo problema trae consigo, como lastre inevitable, juicios, análisis, sumarios polvorientos que son historia, en suma, gravedad filosófica, y la danza es, justamente por su maravilloso poder de ensueño, gran disipadora de problemas, burlona de lo grave, enemiga de todo lo pesado. Para no contradecir entonces su naturaleza mis opiniones serán ligeras. Eso es, imaginaré sobre la danza como la danza imagina sobre la melodía.

— I —

La danza llamada clásica se ciñe a un argumento reflejándolo dócilmente a través de movimientos repetidamente estudiados. Esa severa disciplina da por resultado un tipo de danza que nos causa admiración, tan preciso es, tan fiel al canevas. Las diferencias en sus cultores —salvando la genialidad— las establecemos por una mayor o menor perfección, nunca por algo original, algo propio. Personalmente tal exactitud acaba —luego de ver dos o tres veces el mismo baile— por dejarme indiferente, sino fatigado. Es que ausente aquella pasión que se manifiesta por lo espontáneo, sólo nos resta admirar el ritmo perfecto, o poco menos, que se cumple hasta el final de la melodía. La danza de esa manera limítase a la visualidad, y sus calidades no pasan de la zona de lo placentero.

— II —

¿Cuándo sería para nosotros la danza una creación siempre renovada? Cuando el espíritu - cuerpo pregunta o responde a la melodía, pregunta y respuesta que son como una música sobre la música: una creación. No se limitan, entonces, los movimientos a decorar la melodía conocida, de manera como si la misión de ellos fuera la de ilustrar música solamente, sino que, en cierto modo, el danzante vuélvese contra la melodía y en vez de seguir ejecutando pasos de encantado, por algún punto nos descubre la novedad del canto de su propio espíritu.

En suma: los más expresivos movimientos del danzante serán aquellos que nazcan de una respuesta consciente del cuerpo a un estímulo original del espíritu. He ahí por donde nos parece que la danza es transmisora de un mensaje propio.

— III —

Una melodía, un espíritu - cuerpo que dialogue con ella; una vestimenta que no disfrace en lo posible al cuerpo, sino que lo sirva con docilidad en sus líneas naturales; sin argumento, aunque sí con tema.

El tema, simple punto de apoyo, da la máxima libertad en la elección de los medios, da lugar, en consecuencia, a que la inspiración del artista se manifieste por movimientos correspondientes, es decir, originales. Entonces tendríamos que la danza así concebida jamás podría repetir, dentro de un mismo tema, la misma serie de movimientos. Como contamos con un espíritu —el espíritu del que danza— éste expresaría o atendería otras sugerencias que dentro del tema citado agitan su reclamo, su deseo de corporizarse en el lenguaje del cuerpo. El peligro está en que, ausente el espíritu, esta danza libre se transforme en danza caprichosa.

— IV —

Un cuerpo flexible, educado, para que se cumplan tales incitaciones de lo espontáneo.

— V —

Los ritmos musicales son para la danza espejo y puente. Mirándose en ellos el artista va controlando su pasión, que sino podría desbordarse o caer en el anonadamiento de las situaciones repetidas; en ese sentido es espejo, y puente, porque es un dominio común donde conviven artista y espectador, con la diferencia obvia de que aquél, el danzante, lo expresa y se expresa, y éste, el espectador, se limita a contemplar.

— VI —

Es comprensible el deseo de una danza liberada de todo lo que no sea ella, de una danza que divorciada del sonido concibiera sus expresiones en el silencio, matriz común y, por lo tanto, impersonal. Pero esta aspiración es, creo, característica en todas las artes. Cada una de ellas querría a través de sus fanáticos una autonomía sin restricciones. Un ejemplo: un determinado tipo de poesía, desdeñando las ideas, no quiso ya contar ni con imágenes, sino con puras palabras, contantes y sonantes. Así acabó tal poesía en la dulce misión del sonajero. El poeta palabrista agitaba el poema sonajero ante la admiración de los snobs que, de acuerdo a su condición de espíritus párvulos, lo recibían complacientes con un "da - da" de reconocimiento.

— VII —

La danza, la danza pura es solitaria. La danza de concierto que culmina en el ballet se vale de otros efectos ajenos a la pura danza. Es, ante todo, una fiesta para los ojos, más que un misterio para el espíritu. El mensaje trascendente no conoce el dos, es del uno para la multitud. Quizá esto explique por qué generalmente se sale de ver un ballet deslumbrado pero no estremecido, admirado pero no gozoso. Estremecimiento y gozo traducen calidades interiores, por lo tanto creadoras. Ellas irradian de la verdadera obra de arte, se acoplan al ser del receptivo modificándolo o transformándolo perdurablemente. En ese sentido todo arte es suma pedagogía.

FUGACIDAD DE LA DANZA

"Tan silenciosas como creemos un espejo las realidades se hunden en el silencio".

HART CRANE.

Los grandes bailarines son flores de un día. Llenan el ámbito de calor y alegría y luego desaparecer como ciertas obras tiernas de la naturaleza: sin rastros. Se vuelven leyenda como Salomé.

Nada queda de los movimientos maravillosos que un día nos conmovieron; todas las otras artes tienen la forma de desafiar al tiempo, sólo la danza es fugaz. ¿Y el recuerdo? Y bien, el recuerdo se irá con nosotros.

La generación que tuvo la dicha de poseer un genio en este arte singular lo evoca en el recuerdo; ella trata de explicar a la nueva aquello que vió, pero sin resultado, y, junto con su impotencia, le deja solamente algunas palabras —"maravilloso", "sublime"— como definiciones de lo indefinible.

Junto a mí tengo la fotografía de un gran bailarín. Su pose alada, tristemente fija, muy poco me dice. Pero yo sé que con el primer temblor que lo sacudiera, con el primer soplo de vida que animara la imagen, allí comenzaría, también, mi encantamiento. Si yo lo hubiera visto me sería fácil liberarlo en el recuerdo, y entonces esta fotografía que fija melancólicamente un ímpetu de danza sería una clave, un punto de partida feliz para rememorar.

Pero no es así. Yo miro y remiro con admiración este cuerpo elástico, mezcla de ave y felino. Siento su aire pletórico, comprendo esos brazos extendidos de náufrago feliz en lo inmaterial. En esta imagen fotográfica se ve que todo él se aproxima al vuelo. ¡Ay!, sí, se ve, pero ¿dónde ha quedado el sentimiento de esa realidad, dónde la imperiosa presencia de cuerpo y alma entretejidos para el instante único y siempre fugaz de la danza?

El escultor se funda en la dura inmovilidad del bronce para permanecer casi intacto en el tiempo. El pintor, el poeta, el músico dejan al partir la historia de sus expresiones. Pero la danza debe continuar debe continuar sin esperanza de rescatar para la permanencia ni un adarme de su expresión.

La gracia del movimiento, su intencionado lenguaje, se le volatiliza apenas dado a luz.

Estos magníficos temperamentos que viven al día con su arte conocen la inexorable caducidad de sus expresiones. Como la misma vida ellos saben que nada pueden conservar de sus obras; por eso su destino está en obedecer los dictados del ángel, y, en consecuencia, hacer todo lo contrario de la mujer de Lot: no mirar atrás, para no inmovilizarse ante la nada que dejan como estela. Ya que la permanencia de un genio de la danza acaece, como hemos dicho, solamente en el recuerdo de la generación que tuvo la dicha de admirarlo: recuerdo que también se apaga y se va.

El mito de la ninfa fugitiva del bosque es el mito de la danza. Sentimos que el aire ha temblado al paso de la gracia. Sentimos su realidad instantánea, inaprensible... después el silencio vasto y hosco.

PALLIRA

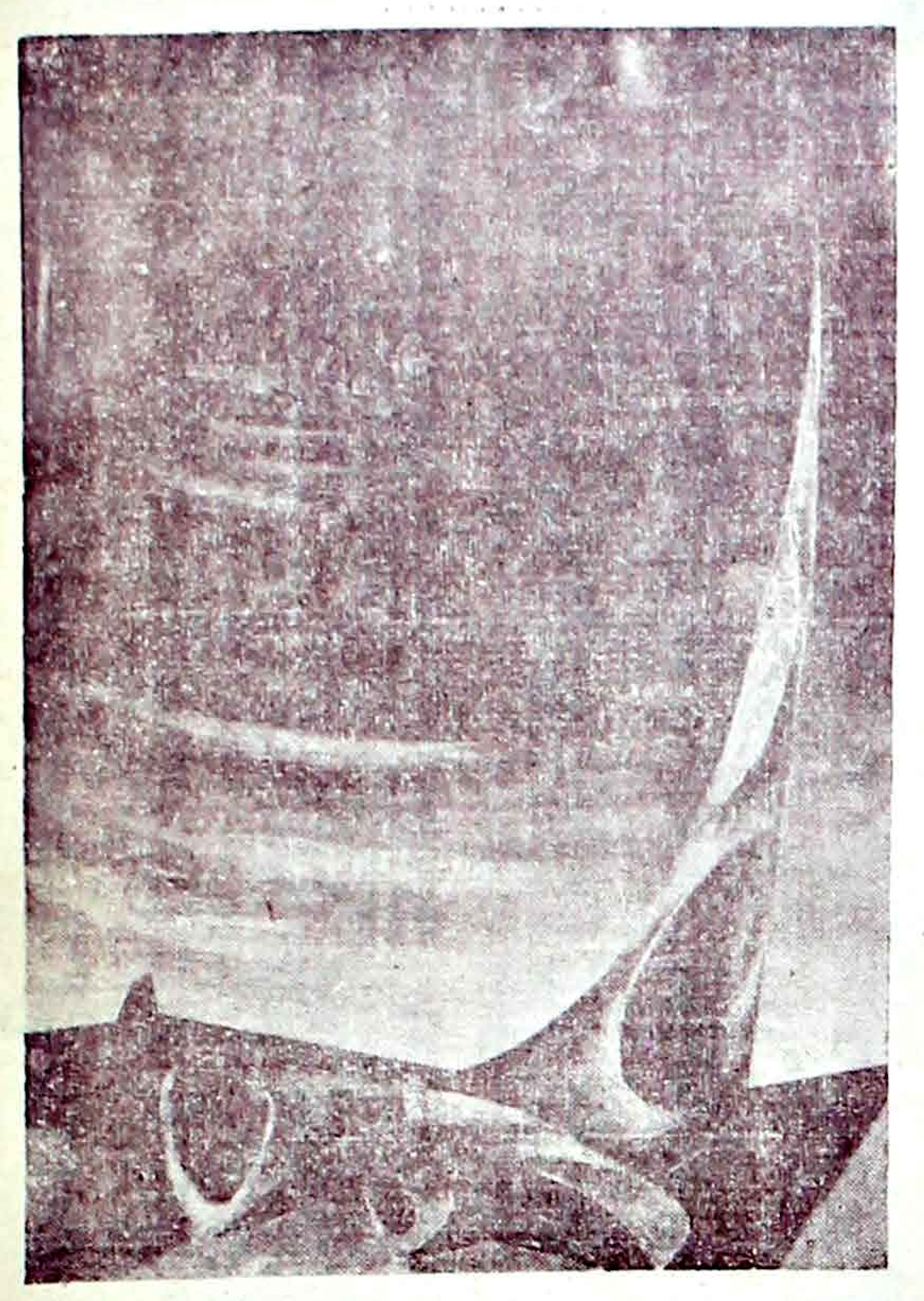
KANTUTA de masacre y agonía.
En tus ojos nocturnos —dos cavernas—
Los mineros encienden sus linternas
Como chispas de sangre y rebeldía.

Tu cuerpo de sentada serranía
Está lleno de dulces bocas tiernas.
Abiertas como heridas sempiternas
Que reclaman el pan de cada día.

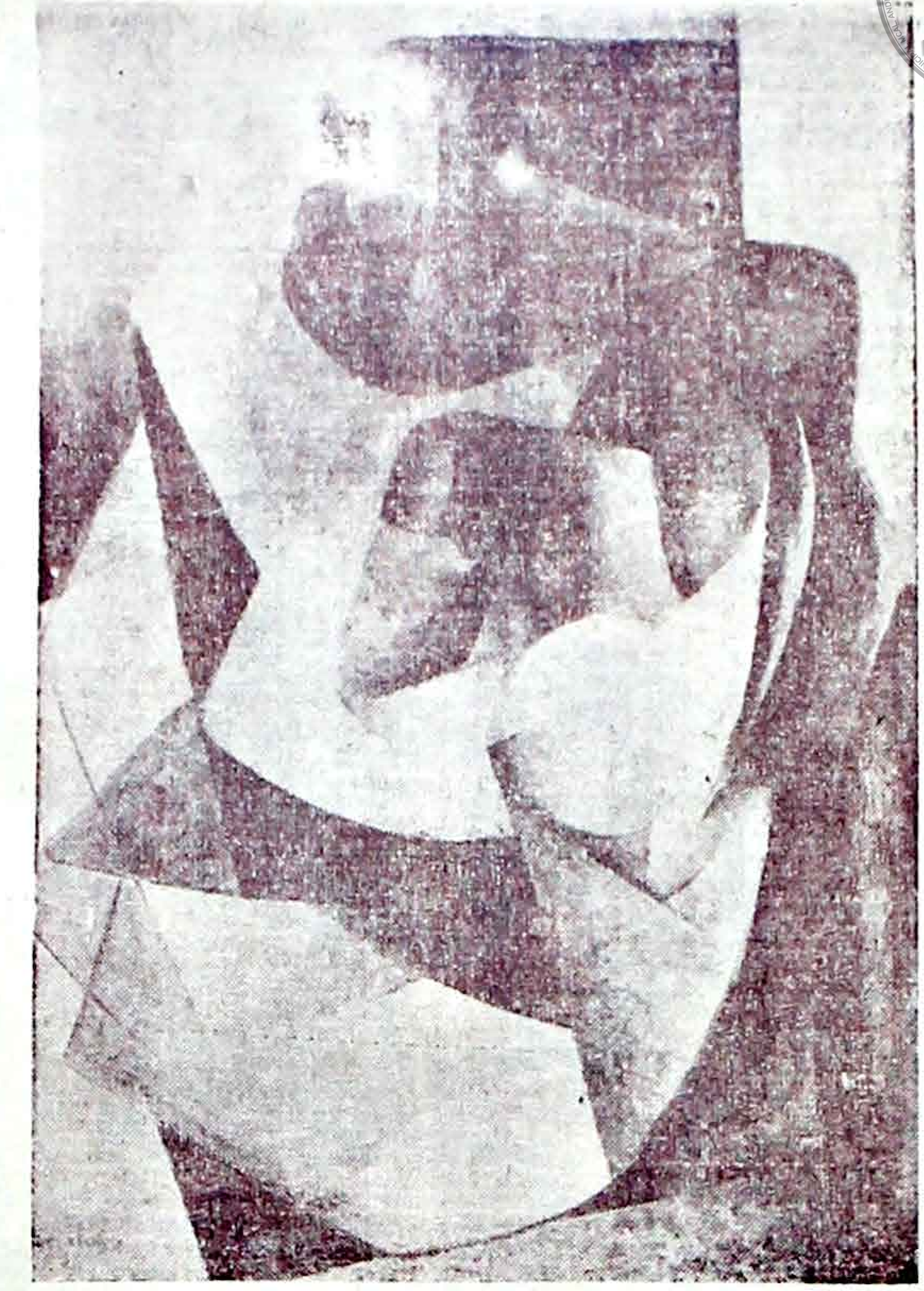
Vas partiendo terrones incrustados
De pupilas vidriosas de mineros
Y de puntas de gritos congelados...

¡Y revientan collares de luceros
En tus verdes pulmones destrozados
Donde sangra el dolor de los obreros!

OSCAR ALFARO.



ICARO, por Armando Pacheco



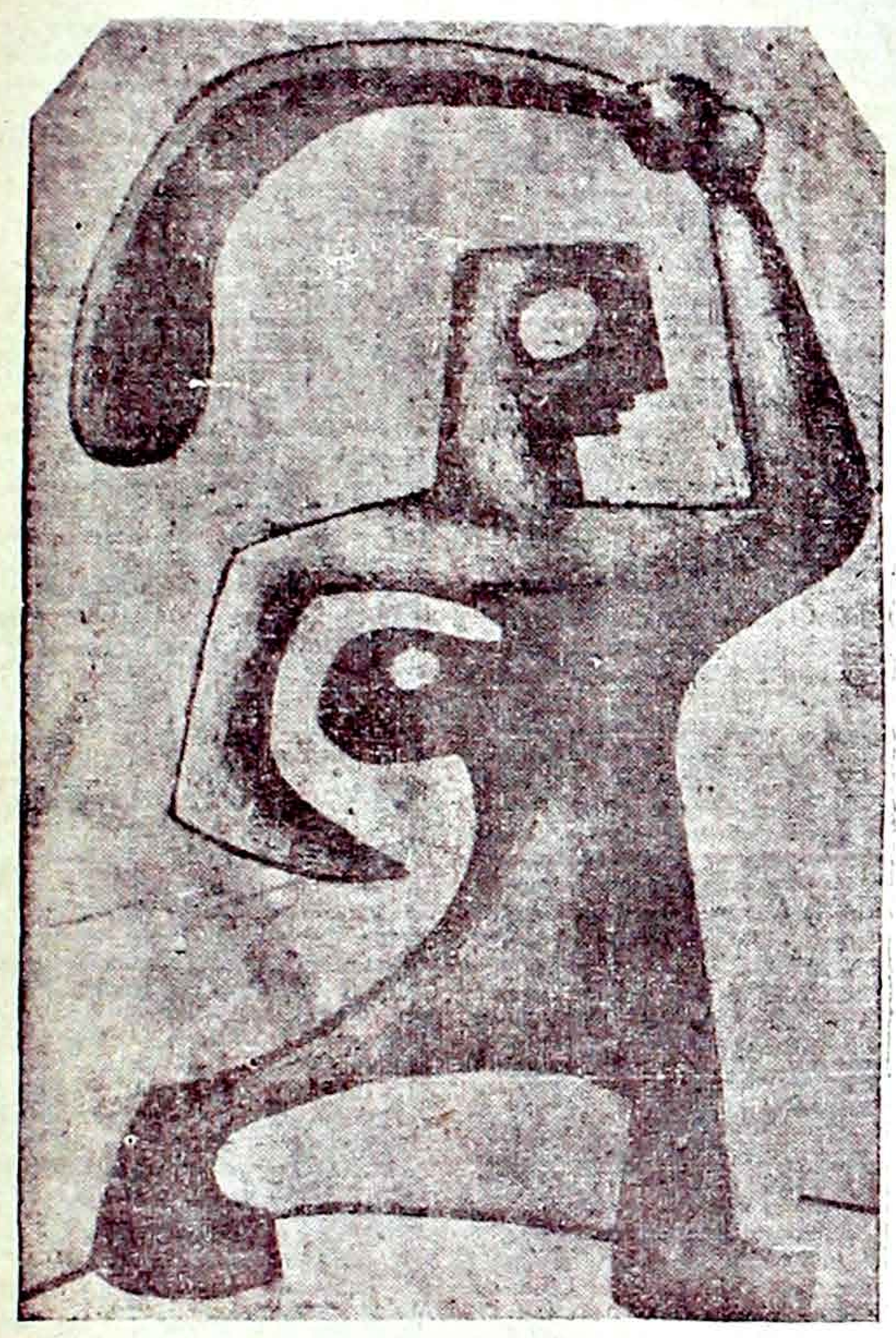
RITMO ABORIGEN, por María Luisa de Pacheco



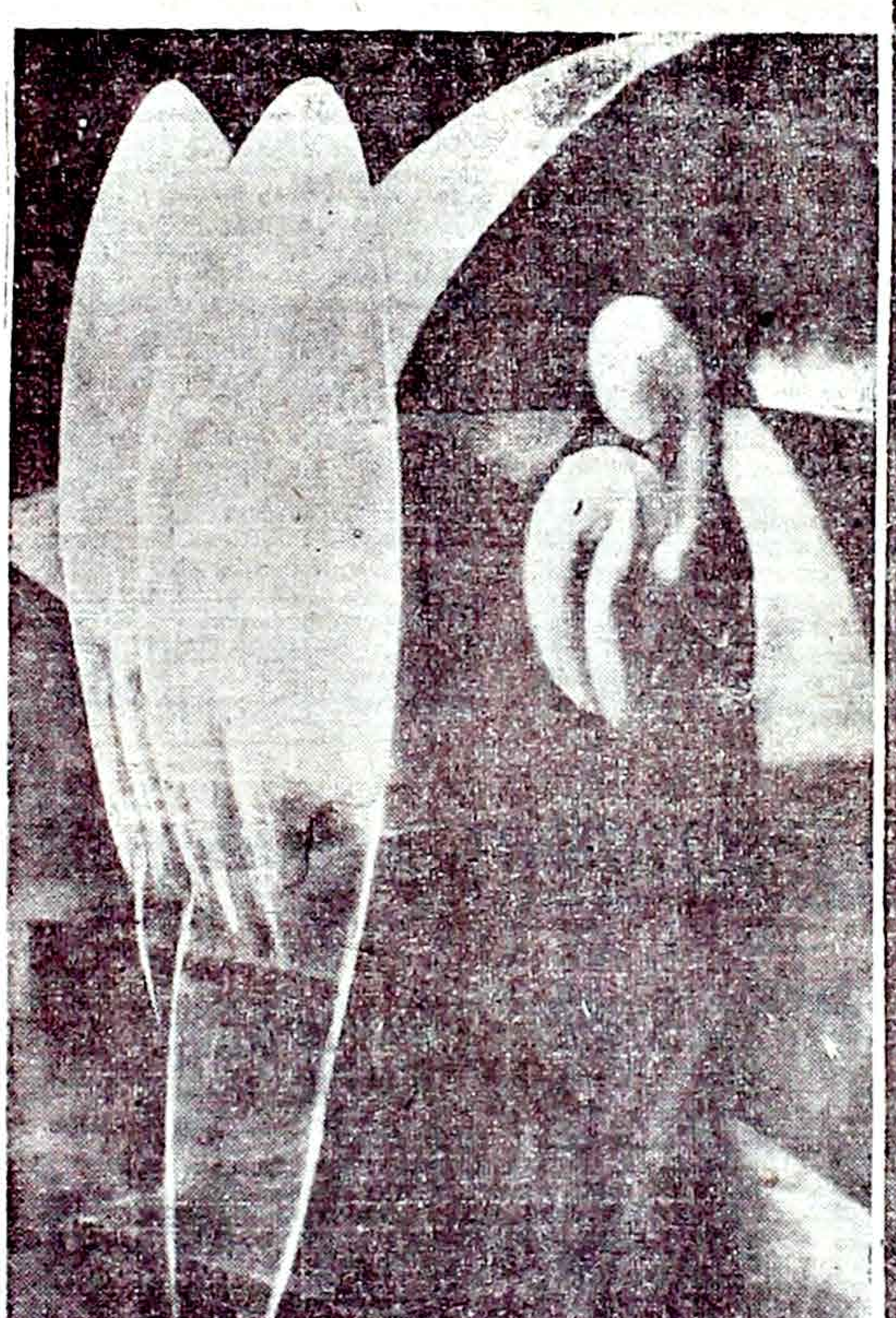
ADOLESCENTE, por María Esther Ballivián

EXPOSICION DE ARTISTAS BOLIVIANOS QUE CONCURREN A LA SEGUNDA BIENAL DE SAN PABLO, BRASIL

Con los auspicios de la Embajada del Brasil se realizó, del 10 al 15 de agosto, en el Hall de la Alcaldía Municipal, la exposición de las obras de un grupo de nuestros más sobresalientes pintores jóvenes, quienes, por disposición del Ministerio de Educación, representarán a nuestro país en la Segunda Bienal del Museo de Arte Moderno de San Pablo, que se inaugurará en esa ciudad en los primeros días de enero próximo, como primer acto de las celebraciones del Cuarto Centenario de su fundación. Reproducimos en esta página un conjunto de los más importantes trabajos de esa muestra.



FIGURA, por Jorge Carrasco Núñez del Prado



LA ANUNCIACION, por Mario Campuzano



PAISAJE, por Enrique Gener



FIGURA, por Luis Emilio Werner.

COMPOSICION, por Freddy Velasco.

